

El arteko, Juan San Martín, alude a la movilización social que exige la realidad ambiental. Andrés Aberasturi critica con dureza la insolidaridad habida con los magrebíes durante el atasco de Algeciras y en general. El heredero al trono iraní no aprecia cambios en la evolución del actual régimen político fundamentalista de su país

El derecho al ambiente como derecho de participación

CUANDO aún no se han apagado los ecos de la recientemente celebrada «Cumbre de la Tierra» en Río de Janeiro, no resulta equivocado afirmar que esta conferencia ha ayudado a concienciar a la comunidad internacional sobre la trascendencia que para nuestro futuro reviste la temática medioambiental. También desde esta Institución, encargada de velar por el cumplimiento de los derechos de los ciudadanos, se ha querido contribuir a la necesaria reflexión ambiental, financiándose así, por medio de una beca, la elaboración de un estudio recientemente concluido que lleva por título «El derecho al ambiente como derecho de participación». Por otro lado,

este Ararteko es consciente de las crecientes demandas ambientales de los ciudadanos, parte de las cuales, en forma de quejas, son planteadas directamente ante esta Institución.

En una sociedad como la actual, que sigue primando los aspectos cuantitativos sobre los cualitativos, es necesario alzar la voz en defensa de las nuevas actitudes sociales en relación con el entorno. Como es sabido, este Ararteko ha adoptado como lema de su trabajo la conocida sentencia de Protagoras «El Hombre es la medida de todas las cosas». La persona humana es hoy, más que nunca, medida de su entorno natural, y la defensa de un medio ambiente sano y equilibrado es, en fin, la defensa del propio hombre.

En este sentido, los diferentes intentos que, sobre todo a nivel internacional, vienen realizándose para articular de un modo efectivo el derecho al ambiente han de ser saludados con esperanza. Sin embargo, tanto las instituciones públicas, como la sociedad civil, no podemos abordar con ingenuidad un tema que nos concierne a todos y del que somos, en última medida, responsables. El cuidado del ambiente no es ya un asunto distante y concierne exclusivamente a instancias internacionales. Es claro que, junto a problemas de evidente implicación global, como el conocido agujero de la capa de ozono o el progresivo calentamiento del planeta, inciden en nuestro entorno más cercano otros desequilibrios ambientales que afectan seriamente a nuestra calidad de vida. No en vano, la llegada de la época turística nos hace constatar frecuentemente el mal estado de ele-



JUAN SAN MARTÍN*

mentos tan importantes para nuestro descanso como los ríos, las playas o las aguas de nuestras costas. Asimismo, la contaminación urbana, los olores de la industria o el ruido excesivo en nuestros pueblos y ciudades son circunstancias que influyen negativamente en nuestro bienestar cotidiano.

No puede, por tanto, menospreciarse la importancia que para nuestra sociedad reviste la problemática medioambiental. Importancia que por su ámbito afecta al conjunto de la Humanidad, pero que a su vez se nos manifiesta cercana en cuanto al entorno inmediato en el que vivimos.

Por todo ello resulta fundamental que, tanto a nivel social como jurídico, surjan respuestas decididas y útiles frente al deterioro ambiental. En este punto debe denunciarse la escasa efectividad actual del derecho al ambiente, a pesar, incluso, de su propio reconocimiento constitucional. En efecto, la inexistencia de cauces jurídicos adecuados para exigir el cumplimiento de este joven derecho, provoca que el mismo se resienta en lo que constituye la nota definitoria principal de la norma jurídica: la coacción. En este sentido, es ineludible instar a los poderes públicos a la adopción de

políticas más activas que incluyan tanto la legislación como la actualización de los medios que desde las diferentes administraciones se asignan a la defensa de nuestro entorno.

Pero el ambiente, en cuanto problema y en cuanto derecho, es también eminentemente social. La realidad ambiental actual exige una auténtica movilización social y un impulso de la participación de ciudadanos y de grupos cívicos en las labores públicas. No en vano, gran parte de la efectividad de este derecho y del logro de una seria mejora en nuestras condiciones ambientales depende más de la propia sociedad que de las instituciones públicas.

En este sentido, este Ararteko quiere animar y apoyar la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos relacionados con el entorno. Ello debe hacerse aumentando la información, promocionando el asociacionismo permanente y fomentando el verdadero debate ambiental. Solo de este modo, con la responsabilidad individual de cada ciudadano y el trabajo conjunto de estos con las instituciones logaremos velar de modo efectivo por nuestro entorno, asumiendo así una responsabilidad que, en último término, a todos nos concierne.

En fin, no podemos olvidar que a través de esta participación popular actuaremos en ejercicio de lo que además de un derecho, constituye un deber de cada individuo y de cada generación en conservar este entorno que la Naturaleza generosamente nos ha ofrecido.

*Ararteko

Agua

ANDRÉS ABERASTURI

PUES si eres un moro de mierda y estás en una cola de no sé cuántos kilómetros abrasado por el sol y esperando con tu familia como lo que eres, un pobre desgraciado del tercer mundo, entérate que la botella de agua te va a salir por trescientas pesetas, y si no ya sabes, «ajo y agua». Y agradecido de que te la quiera vender, que bastante tenemos ya con los de las pateras y toda esa fauna que nos viene tan ricamente de tu pueblo, atraviesan el Estrecho y, si no se ahogan por el camino, se dedican aquí a violar a nuestras señoras o a vender droga a nuestros hijos, o nos quitan los puestos de trabajo que nosotros no queríamos, desde luego. Así que ya sabes, moro, a trescientas pelas la botella o paso de ti, que ya nos tienes hartos cada verano con la caravanas atravesando el continente de Norte a Sur y total para nada.

Esto es Europa, moro, a ver si te enteras; aquí hay tren de alta velocidad, autovías y Seguridad Social para todos y esto no te lo regalán; nos ha costado mucho dinero llegar a Maastricht para que venegas tú ahora a chupar del bote por la cara, que todos sois iguales; us creéis que es suficiente haber compartido emigración en los barrios apenas iluminados de las afueras de Dusseldorf y se os olvida que incluso allí había clases, que vale, que nosotros éramos lo más tirado de la Alemania del milagro pero sólo hasta que llegaron los turcos y hasta que flegistéis vosotros. Pero las cosas han cambiado; ahora nosotros convergemos en no sé qué y nos codeamos con los ricos y vosotros encima sois una amenaza con eso del integrismo, que si no es porque nosotros, Europa, miró para otro lado cuando en Argelia decidieron cargarse la democracia, ahora estaríamos con el FIS a dos pasos de la EXPO.

Además, el Hassan ese nos detiene los pesqueros y no piensa hacer referéndum en el Sáhara, y por ahí sí que no paso, que los saharauis son demócratas como yo, creen en la libertad y no como vosotros que sois unos mandados.

Trescientas pelas por el agua y decídetelo pronto porque el crío ese tiene los ojos cerrados y suda como un pollo un sudor frío. Así, como de muerte.

¿Qué ha hecho el régimen de Irán?

REZA PAHLAVI*

A lo largo de los últimos meses, un considerable número de periodistas occidentales han sido autorizados a viajar a Irán. Sus posteriores reportajes versaban, fundamentalmente, sobre la situación actual en Irán y las dificultades con las que se encuentra el «pragmático-Hashemí Rafsanjani, en su lucha por sacar el país de la grave crisis económica en la que se halla inmerso. Crisis que por otra parte es responsabilidad directa de Rafsanjani y sus camaradas. Con este telón de fondo, la imagen general de Irán es la de un país dirigido por un líder «moderado» empeñado en invertir la situación económica que ha caracterizado el país durante los últimos años y al mismo tiempo alejarse paulatinamente de los dogmas del fundamentalismo islámico que ha sido el azote iraní y de la comunidad internacional a lo largo de los últimos 13 años. En estos reportajes se percibía una cierta inclinación a pasar por alto la lucha de la gente corriente de Irán; personas que han padecido el yugo de la guerra, la represión, la privación económica y la denegación sistemática del respeto a los derechos humanos. Ningún periodista o supuesto «experto» ha formulado públicamente la sencilla pregunta de: «¿Qué ha hecho el régimen islámico por las gentes de Irán en orden a justificar su apoyo y confianza?». Y no hay señales de que nadie haya siquiera intentado responder a esta pregunta tan crucial.

En los países occidentales se da por hecho que los gobiernos deben «hacer algo» para ganarse la confianza de la población. Los periodistas y expertos de visita por el

país, pasean con esta premisa grabada en sus mentes. Claro que lo hacen sólo cuando el país que visitan es Irán, cuya población dicen es lo suficientemente madura y capaz de saber cómo se abusaba de ella antes de la «revolución» de 1979 pero nunca después de ésta.

El hecho de que el régimen islámico sea responsable de las muertes de millones de personas y la mutilación de otro millón y medio de personas no parece afectar a la mayoría de los ciudadanos occidentales; fundamentalmente porque los medios de información han dado poca relevancia al hecho. Es más, la percepción generalizada por los burocratas y periodistas siempre ha minimizado el impacto de una economía en declive, de 6 millones de personas sin hogar y un 40% de parados. Nadie parece prestar atención a una inflación desorbitada, al hecho de que la moneda nacional se haya devaluado más de un 2.000% respecto a su valor en 1979, mientras la población sigue incrementando, etc., cuando se trata de ofrecer una deplorable valoración del respaldo popular al régimen iraní.

Parece como si el mismo pueblo de Irán a quien se alabó por soportar los excesos del régimen previo, de alguna manera no tuviera más opción que aceptar el destino que les llega de la mano de un régimen con un historial de brutalidad y represión sin precedentes en los 2.500 años de la historia de Irán. Mientras que cualquier factor económico o político precedente sería considerado suficiente para ocasionar cambios en el gobierno de cualquier país civilizado; en repetidas ocasiones se ha juzgado conve-

niente ignorar las aspiraciones de quienes continúan sufriendo y que por otra parte son considerados incapaces de hacerse oír.

Para sorpresa de la inmensa mayoría, tal como sucedió en la Europa del Este y en la Unión Soviética, los últimos sucesos en Irán demuestran claramente que las cualidades de complacencia e indiferencia atribuidas a la población de Irán son erróneas. Al tiempo que los optimistas, pertenecientes al falso sentido de seguridad que se habían forjado acerca del futuro de Irán, su idea de paz se desvanecía en las mentes de los ciudadanos de a pie de un buen número de ciudades.

A través de su comportamiento, las gentes de Mashhad, Isfahan, Shiraz y Bukán así como los de pueblos de la provincia de Khuzistán, recordaban al mundo exterior que la situación de Irán distaba de ser tranquila y apacible. Recordaron al mundo exterior que la Europa del Este no es el único con un fuerte coraje y espíritu de lucha que eventualmente conduce a la gente a defenderse durante décadas ha soportado actos de brutalidad, a demostrar espontáneamente su aversión a un sistema que ha destruido su prosperidad y aplastado su orgullo.

Los levantamientos de las últimas semanas en Irán son señal evidente de que el fundamentalismo ni cualquier otra forma de fanatismo religioso son un buen sustituto de un gobierno democrático y que si se les brindase la oportunidad, la gente de Irán optarían por la democracia.

*Heredero al trono de Irán